

Patrick Modiano

# Viaje de novios

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Título de la edición original:*

Voyage de noces

© Éditions Gallimard

París, 1990

*Ilustración:* Retrato de Maurice Tabard, 1938. Los propietarios de los derechos de la imagen no han podido ser localizados. La editorial queda a su disposición para cualquier consulta al respecto.

*Primera edición: noviembre 2015*

*Primera edición impresa en Argentina: diciembre 2015*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7939-1

Depósito Legal: B. 23548-2015

La presente edición ha sido realizada  
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

*Para Robert Gallimard*



Los días veraniegos regresarán, pero el calor no volverá a ser nunca tan bochornoso ni las calles volverán a estar tan vacías como en Milán el martes aquel. El día anterior había sido 15 de agosto. Había dejado la maleta en la consigna y, al salir de la estación, titubeé un instante: era imposible andar por la ciudad con aquel sol de plomo. Las cinco de la tarde. Cuatro horas de espera para el tren de París. Había que encontrar un refugio y mis pasos me llevaron, a unos cientos de metros y pasada una avenida que bordeaba la estación, hasta un hotel cuya fachada imponente había localizado.

Los pasillos de mármol blanco protegían del sol y, en el frescor y la semipenumbra del bar, estaba uno en el fondo de un pozo. En la actualidad, aquel bar me hace pensar en un pozo y aquel hotel en un gigantesco blocao, pero entonces me contentaba con beber con una pajita una mezcla de granadina y zumo de naranja. Escuchaba al barman cuyo rostro se me ha borrado de

la memoria. Le estaba hablando a otro cliente y sería completamente incapaz de describir el aspecto y la ropa de aquel hombre. Sólo persiste una cosa en mi pensamiento: su forma de acompañar la conversación con unos «Mah» que retumbaban como un ladrido fúnebre.

Una mujer se había suicidado en una de las habitaciones del hotel dos días antes, la víspera del 15 de agosto. El barman explicaba que habían llamado a una ambulancia, pero que no había servido de nada. Había visto a aquella mujer en el transcurso de la tarde. Había ido al bar. Estaba sola. Tras el suicidio, la policía lo había interrogado, a él, al barman. No había podido darles muchos detalles que digamos. Una mujer morena. El director del hotel se sintió aliviado hasta cierto punto porque el asunto había pasado casi inadvertido, pues había pocos clientes en esa época del año. Aquella mañana había salido un suelto en el *Corriere*. Una francesa. ¿A qué había ido a Milán en el mes de agosto? Se volvieron hacia mí como si esperasen que yo les diera una respuesta. Luego, el barman me dijo en francés:

–Aquí no hay que venir en el mes de agosto. En Milán todo está cerrado en el mes de agosto.

El otro hombre le dio la razón con su «¡Mah!» fúnebre. Y los dos me miraron con ojos de reprobación para hacerme notar bien claro que había cometido una torpeza, e incluso más que una torpeza, una falta de bastante gravedad al dejarme caer por Milán en el mes de agosto:

–Puede comprobarlo –me dijo el barman–. Hoy no está abierta en Milán ni una tienda.

Me encontré en uno de los taxis amarillos estacionados delante del hotel. El taxista, al fijarse en mi titubeo de turista, me propuso llevarme a la plaza del Duomo.

Las avenidas estaban vacías y todas las tiendas, cerradas. Me pregunté si la mujer de la que hablaban hacía un rato había cruzado también Milán en un taxi amarillo antes de regresar al hotel y matarse. Creo que, sobre la marcha, no pensé que el espectáculo de aquella ciudad desierta hubiese podido incitarla a tomar esa decisión. Antes bien, si busco unas palabras que traduzcan la impresión que me producía Milán ese 16 de agosto se me vienen en el acto a la cabeza éstas: Ciudad abierta. A lo que me parecía, la ciudad se permitía una pausa y estaba seguro de que el bullicio y el ruido volverían.

En la plaza del Duomo, unos turistas con gorra vagaban al pie de la catedral; y las luces de una librería grande estaban encendidas a la entrada de la galería Víctor Manuel. Era el único cliente y hojeaba los libros bajo la luz eléctrica. ¿Había ido la mujer a esta librería la víspera del 15 de agosto? Me entraban ganas de preguntárselo al hombre que estaba, tras un escritorio, al fondo de la librería, en la sección de libros de arte. Pero no sabía casi nada de ella; sólo que era morena y francesa.

Recorrí la galería Víctor Manuel. Toda la vida que había en Milán se había refugiado allí para librarse de los rayos mortíferos del sol: niños que rodeaban a un vendedor de helados, japoneses y alemanes, italianos del Sur que visitaban la ciudad por primera vez. Tres

días antes y probablemente hubiéramos coincidido esa mujer y yo en la galería; y, como los dos éramos franceses, habríamos trabado conversación.

Aún tenían que pasar otras dos horas antes de coger el tren de París. Volví a subirme a uno de esos taxis amarillos que esperaban en fila en la plaza del Duomo y le di al taxista el nombre del hotel. Caía la tarde. Ahora, las avenidas, los jardines, los tranvías de esa ciudad extranjera y el calor que te deja aún más aislado, todo eso, para mí, armoniza con el suicidio de esa mujer. Pero en ese momento, en el taxi, me decía que se debía a una desafortunada casualidad.

El barman estaba solo. Volvió a ponerme una mezcla de granadina y zumo de naranja.

—¿Qué? ¿Ha visto? Las tiendas están cerradas en Milán...

Le pregunté si la mujer de quien hablaba hacía un rato y de la que decía, respetuosamente y con grandilocuencia, que «había puesto fin a sus días» llevaba mucho en el hotel.

—No, no... Tres días antes de poner fin a sus días...

—¿Y de dónde venía?

—De París... Iba a reunirse con unos amigos que estaban de vacaciones en el sur, en Capri. Lo dijo la policía... Alguien debe venir mañana de Capri a solucionar todos los problemas...

Solucionar todos los problemas. ¿Qué tenían en común esas palabras lúgubres con el cielo azul, las cuevas marinas y la liviandad estival que evocaba Capri?

—Una mujer muy guapa... Estaba sentada ahí...

Y me señalaba una mesa al fondo del todo.

—Le serví lo mismo que a usted...

La hora de mi tren para París. Fuera era de noche, pero el calor resultaba tan agobiante como en plena tarde. Crucé la avenida con los ojos clavados en la fachada monumental de la estación. En la gigantesca sala de la consigna, me registré todos los bolsillos buscando el ticket que me permitiría recuperar el equipaje.

Había comprado el *Corriere della Sera*. Quería leer «el suelto» dedicado a esa mujer. Seguramente había llegado de París en el andén en que estaba yo ahora; y yo iba a hacer el recorrido inverso con cinco días de diferencia... Qué idea tan curiosa esa de venir a suicidarse aquí cuando unos amigos te están esperando en Capri... A lo mejor había, para aquel gesto, un motivo que yo nunca llegaría a saber.